



Revista de la Asociación Española de
Neuropsiquiatría

ISSN: 0211-5735

aen@aen.es

Asociación Española de Neuropsiquiatría
España

Jalón, Mauricio

Reseña de "Contra la censura. Ensayos sobre la pasión por silenciar" de J. M. COETZEE
Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, vol. XXVII, núm. 100, 2007, pp. 531-534
Asociación Española de Neuropsiquiatría
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=265019653031>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LIBROS

versa, que goza secretamente de los dolores y las agonías de la víctima.

En un tiempo donde la mercadería ha alcanzado el sagrado espacio de la intimidad, que se ha constituido en un nuevo filón a explotar, nueva y fatal vuelta de tuerca del proceso de desacralización, se hace necesario aproximarse a libros como éste. La actitud ética que preside esta incursión en una intimidad como la de Baudelaire le lleva irremediamente al autor de este ensayo a la identificable hermandad que se deja entrever tras una cuidada actitud analítica. Ahora sabemos que no podemos conocer positivamente sino desde la construcción participativa y dialógica en la que hacemos uso de nuestra propia intimidad que ahora pasa a constituirse en el delicado instrumento sensible que nos puede abrir a un reconocimiento del otro y de nuestras diferencias.

Ernesto Feria Martín

J. M. COETZEE, *Contra la censura. Ensayos sobre la pasión por silenciar*, Barcelona, Debate, 2007, 350 pp.

Coetzee, el novelista sudafricano que se nacionalizó en Australia el pasado año, va a aumentar su cosecha narrativa, en 2008, con *Diary of a Bad Year*. Pero el conocimiento y disfrute de su misteriosa obra —es uno de los pocos escritores originales de las últimas décadas—, no puede dejar de lado un ámbito complementario de escritura tan suyo: el ensayo, el ámbito de un minucioso creador e intelectual que a la vez es un insólito lector, pues, por encima de todo, deja que los libros analizados en su ensayística hablen al máximo, siendo capaz además de ofrecer chispazos novedosos sobre su significado.

Tras serle concedido el premio Nobel en 2003, afortunadamente se han recuperado no solo algunas de sus novelas anteriores, sino también otras obras de ese rango: *Elizabeth Costello* (Mondadori, 2004) y *Costas extrañas, ensayos 1986-1999* (Debate, 2004), libro en el que por cierto se han cortado, injustificadamente, tres artículos sobre temas africanos (véase *Stranger Shores*, Vintage, 2002). Faltan aún otros más; así *Doubling the Point* (1992), de donde extrae dos apartados para insertarlos en *Contra la censura*, y el muy reciente *Inner Workings: Literary Essays 2000-2005* (Knopf, 2007) donde Coetzee continúa visitando «costas extrañas», ahora gracias a Svevo, Walser, Celan, Benjamin, Bruno Schulz, a Faulkner, Bellow o Gordimer.

Si en los últimos libros citados el peso de la literatura es manifiesto, en éste de 1996 —titulado originariamente *Giving Offense: Essays on Censorship*— agrupa textos de distinta índole, escritos entre 1988 y 1993, que fueron revisados a fondo para fundirlos en un libro coherente. De modo que todos apuntan ahora a una preocupación muy del siglo XX: la del silenciamiento y la total negación, la de la respuesta implacable ante una *ofensa* imaginaria o real, la del poder para acallar a alguien y evitar toda trasgresión, la capacidad para modificar cierto tipo de expresión discordante o, en fin, para encarcelar y apagar a su autor. Y es que, ante cierta acusación de ofensa, como decía Freud, «la negación —consecuencia de la expulsión— pertenece al instinto de destrucción».

Contra la censura nada tiene de ejercicio de salón. Cuatro de sus doce capítulos se refieren al *apartheid*, a la censura en Sudáfrica que se estableció sistemáticamente entre 1960 y 1970, a las violentas

persecuciones de dos contemporáneos sudafricanos: los escritores Brink y Breytenbach. (Piénsese, en cambio, en el oscuro y deliberado olvido que hay en España de las décadas de amordazamiento, y de su efecto hoy en cierto uso desleal de la mentira como instrumento político). No trata sólo Coetzee, por ejemplo, de auscultar tres disidencias en países del Este —destaca ahí su escrito sobre Ossip Mandelstam—, u otras formas de censura como la del erotismo, partiendo del escándalo que produjo un libro tan cargante como *Lady Chatterley*, o como la de la ubicua pornografía, discutiendo con la feminista MacKinnon, sino que trata de ver cómo, indirectamente, incide sobre la escritura en general (sin excluir la propia), sobre la verdad de quien se ha visto tocado por la guadaña censora e, incluso, sobre cierta idea actual de *verdad*.

Ahora bien, en absoluto vamos a resumir los argumentos concretos que desfilan por esta obra, que como veremos remite a las restantes. Al recomendar vivamente su lectura —como un ensayo claro, honesto, lleno de dudas creativas, excelentemente escrito y ponderado, «erasmístamente» evasivo por añadidura—, añadimos que, en contra de lo que opinan algunos críticos, Coetzee no sustenta radicalmente una posición particular ante los argumentos arriba citados, pese a sus idas y venidas, sino que los narra, los somete a tensiones contradictorias, y nos deja sobre todo el recuerdo encendido de su inquietud.

En muchos libros suyos —como sucede en su reflexión indirecta sobre el trato despótico a los animales, bajo la máscara de Elizabeth Costello—, ensayo y literatura logran a veces fundirse; y quizá por ellos nos da una moderna, dolorosa e inquietante impresión de inestabilidad. Es más, en su

novela *Foe* vemos asimismo una obra fundamental para conocer su compleja idea de verdad novelesca y ahondar en el autor de *Robinson Crusoe*; o también en *El maestro de Petersburgo* hay una apelación directa a Dostoyevski que, por un lado, refuerza lo ficticio de su relato pero que, por otro, hace ver que está abordando un problema esencial con su «imitación» poética: el de si es posible seguir estrictamente la tradición. No en vano, por añadidura, Defoe y Dostoyevski son autores analizados en dos ensayos de *Costas extrañas*.

También las dos entregas de su autobiografía, *Infancia y Juventud*, son extraordinarios tanto por su introspección y calidad verbal como por su modo de dar cuenta indirecta, en el primero, de la situación de una familia blanca sudafricana y en el segundo, del Londres que vivió en solitario Coetzee. Ciertas novelas como pueden ser *Esperando a los bárbaros* y *En medio de ninguna parte* —o todas, en realidad—, aun siendo de un trazado hermético, dibujan mundos enrarecidos que son trasunto de su país de origen, violento en grado sumo; tienen partes desmadradas y partes geniales, son abstractas y muy concretas, como si fuesen jirones de una vida interna lacerada por la historia. Quizá convenga tener en cuenta sus artículos, clínicos y curiosos hasta ser obsesivos, sobre el lenguaje de Kafka o sobre los *Diarios* de Musil para poder comprender más a fondo su perspectiva creadora.

Sucede que la pieza central de *Contra la censura*, la más completa y novedosa, es un texto sobre Erasmo, que fue tan literato como pensador. Coetzee de pronto abandona el siglo XX y se vuelca sobre un autor censurado, un editor abierto, un enorme crítico, radical, nada partidista, huidizo y valiente. Su nombre aquí nos recuerda la tra-

LIBROS

gedia del erasmismo español –ayer y hoy– así como los libros rotos, tachados, mutilados que hay en nuestro país en varias bibliotecas; por su parte Coetzee se vuelve al historiador Huizinga, encarcelado por los nazis, holandés como los otros dos, y recuerda su monografía sobre el humanista, en particular, su efecto hacia 1930 como libro de combate contra la censura en ciernes.

Más generalmente Coetzee habla del *Elogio de la locura* como la manifestación del punto de vista más plural –el de Erasmo–, en un siglo XVI dividido en facciones, escindido, enloquecido, en el que cada cual se siente temeroso de sus propias palabras, esto es, receloso ante el eco real o ficticio de sus escritos. Y se detiene ahí: Coetzee cita los análisis de Foucault en la *Historia de la locura* sobre un Erasmo que objetivaría el desvarío al atraparle en el discurso moral; o la respuesta de Derrida a esa idea, al decir que no hay una locura soberana que pueda llegar a transmitirse (aparece sólo en Foucault como pensamiento negativo); o, finalmente, la posición lacaniana ante esa locura como renuncia a plantear un *sujeto que sabe*. Y sobre todo vemos cómo Coetzee hace uso de René Girard; no de su dudoso esquema antropológico, ni de su antifreudismo, ni de su estilo claramente religioso (y bastante censor): él se limita a recordar su idea de *deseo imitativo*. Cierta mecanismo imitador entraría, dice Coetzee, en el acto de censura, pues éste penetra en el censurado, lo envuelve y acaba por determinar su respuesta.

Sin convertirlo en modelo alguno, lo usa pues el escritor una y otra vez, para ver lo que está detrás de muchos *efectos de censura*, en los que el perseguido termina atrapado en un campo de fuerzas no querido, insistente y pegajoso. No en vano apela Coetzee rápidamente –ante semejante cír-

culo de la imitación– a los mecanismos proyectivos indicados por Freud («La negación», «Un caso de paranoia»), o a las ideas lacanianas desplegadas en *De la psicosis paranoica*. Pero lo que supone en conjunto es un recordatorio de que éstos –o Bataille, Barthes, Sontag, Dworkin y decenas de figuras–, le han inspirado en sus valoraciones y le han permitido expresarse con conocimiento de causa en un territorio que oscila entre lo personal y lo colectivo, entre la psicología y el modo de gobernar modernos. Pues este libro, con una claridad juiciosa e independiente, quiere mantenerse más bien en la aparente llanura del escritor.

Es esa misma prudencia la que le permite decir, finalmente, que la razón halla la horma de su zapato en la manía persecutoria, con independencia de ese despreciable acto censor: «En el discurso que estoy desarrollando, un discurso de crítica (del verbo *krino*, ‘acusar, someter a juicio’), he colocado bajo sospecha la censura. Sin embargo del mismo modo que pongo a la censura bajo la sospecha de ocultar su auténtica naturaleza, de estar gobernada secretamente por la paranoia, tampoco mi crítica puede escapar a la dinámica paranoide de juzgar y expulsar. La culpa siempre está en otra parte, siempre es desplazada» (p. 241).

Por cambiar de ángulo, esa misma situación «desplazada» es a la que se ve conducida siempre la protagonista de *Elizabeth Costello*, cuando percibe que su modo de hablar públicamente en defensa de los animales se vuelve inquietantemente abstracto y casi absurdo. O asimismo la viven, más literariamente, los protagonistas errantes de *Vida y época de Michael K* y de *La edad de hierro* en circunstancias bélicas, en dos situaciones límite en las que los actos de violencia y de refugio parecen en parte reflejar-

se entre sí, de modo que la *culpa* se complica e interioriza (sin que se pierda nunca de vista dónde está la agresión de partida): son dos escritos sobre la destrucción presente, y sobre las pesadillas de la inseguridad que nos acechan cada vez más cerca.

En fin, todo ese «desplazamiento» quizá sea una de las claves del peregrinar constante del propio Coetzee, que, nacido en un año bélico, 1940, ha vivido en África, Europa, América y Australia. Podemos entenderlo así, por un momento, como un mecanismo suyo para eludir todo tipo de silenciamientos, empezando por los del *apartheid*, que Coetzee ha sabido conjurar con un silencio propio y un apartarse periódicamente de ciertos refugios episódicos, para darnos a cambio una obra íntegra sobre el desarraigo actual. Pues él trata en su narrativa de los excluidos o refugiados y, en el fondo, de ese marco actual de controles y censuras paternalistas que se refleja en tantos *campamentos* y *ayudas* a los que, por ejemplo, escapa –a costa de sobrevivir como un indigente– Michael K, eso sí pudiendo al menos decirse: «Me he librado de los campamentos; puede que, si procuro no llamar la atención, también me libre de la caridad».

Mauricio Jalón

Torquato TASSO, *Los mensajeros*, Valladolid, Cuatro, 2007, 172 pp.

Entre los documentos antiguos sobre la locura destaca la vida y la obra de Torquato Tasso. Nacido en 1544 y muerto en 1595, sus cincuenta años de furibunda existencia discurrieron en una época fecunda de la cultura pero cruelmente tormentosa.

Reconocido como una de los cuatro poetas más importantes de Italia, su vida

fue una carrera triunfal hasta el año 1574, momento en que publica su obra más conocida y por la que ha pasado a la posteridad, *Jerusalén liberada*. Después, todo su porvenir de cortesano en la corte de los Este de Ferrara se complicará. Tras someter inocentemente su obra a la supervisión de cuatro censores, que de inmediato plagaron el texto de objeciones, su biografía se convirtió en una carrera de obstáculos mientras que su equilibrio mental desaparecía.

Rechazado por los aristócratas, que no le consideraban a su altura, su mundo se transformó en una odisea paranoica donde alternan, confusa e indistintamente, la verdad de sus razones con el desvarío de sus interpretaciones. Entre calumnias, siervos infieles y amigos desleales, su desconfianza se intensifica, se siente amenazado por la Inquisición y teme ser envenenado. Pronto su conducta se ve desordenada y empieza a llamar la atención por sus ideas y sus extravagancias. Finalmente, en marzo de 1579, fue apresado y conducido al hospital de Sant'Anna por orden del Duque de Ferrara. Allí permaneció siete años y cuatro meses. A su salida solo le quedaban nueve años de vida que transcurrieron sin disminuir la desgracia.

El libro que ahora comento, *Los mensajeros*, contiene sus prosas más personales, redactadas en plena crisis, durante su reclusión hospitalaria.

El primero de los escritos, «La fuga», le valió la reputación de melancólico y pendenciero irascible. Consiste en un breve comentario sobre los reproches recibidos durante los últimos años, previos al encierro, y la malevolencia de sus calumniadores que justifican su huida de Ferrara. «De modo que consintió el señor Duque que otro me usurpara la posesión de mis composiciones, que ya le habían sido dedica-